

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

MONS. OTTOKAR PROHASZKA, *Camino hacia Cristo*. Editorial Poblet. Buenos Aires. 1946. 318 págs. en 8vo.

Por entre los muchos sistemas que se han ofrecido a través de la historia para guiar al hombre, Mons. Prohaszka muestra al hombre contemporáneo el camino hacia Cristo. Nos indica cómo no basta un sentido religioso si no lo ilumina la fe con su consoladora claridad. Rebate las objeciones generales que le suele oponer el hombre de ciencia de nuestros días y estudia los graves problemas que tiene que obviar el que busca a Jesucristo. En toda la obra (y es cualidad saliente del autor), hay una simpatía contagiosa por Jesucristo. Sus palabras tienen una eficacia de emoción, sin que olvide hacer un juicioso análisis de los problemas y soluciones que presenta. Conoce los autores modernos y los cita bastante. Al materialismo opone el Evangelio, a cuyo sentido de vida aplica las palabras del poeta:

« Nulla salus morte;

Vitam te poscimus omnes ».

El sentido trascendente de vida del Evangelio y de su custodio, la Iglesia, dan al hombre de hoy una luz del más allá que no ofrece la ciencia moderna, « cuya luz incierta es como la de las bujías, nos dice el autor, que no satisface a los que ansían la luz plena del sol ». La Iglesia es una necesidad del siglo XX y su labor en el campo de la verdad religiosa y de la moral es imprescindible y en ella se halla el « Camino hacia Cristo ».

Hay en esta obra una doctrina clara y una exposición sincera para guiarnos en la solución del problema más interesante del hombre.

LUIS EDLE.

MONS. OTTOKAR PROHASZKA, *Pan de Vida*. (Meditaciones Eucarísticas). 322 págs. Editorial Poblet. Buenos Aires. 1946.

Las Meditaciones Eucarísticas corresponden al anhelo de escribir algo nuevo sobre el Sacramento del Altar. Para ello Mons. Prohaszka ofrece su erudición, su inspiración poética y su devoción; con estas tres cualidades logra darnos una visión antigua y nueva del Sacramento del Amor.

La obra se divide en cuatro partes. En la primera nos muestra el Gran Misterio como remate y cumbre del orden sobrenatural. En seguida pasa a considerar el hecho eucarístico, cuyas fuentes históricas analiza con cuidado. En tercer lugar pone de manifiesto el obsequio de la razón al someterse a lo que no alcanza a comprender. Y en la cuarta parte explica la doble cualidad de la Eucaristía como sacrificio y comunión.

Una de las meditaciones se llama: « Realismo en la Eucaristía » y nos enseña a valorar el misterio para darle su enorme fuerza de verdad. Quiere quitarnos el hábito de olvidar las realidades sublimes y nos conduce a un ambiente sobrenatural de verdadero valor.

La obra es una « vivencia » eucarística, como deseaba su autor que fuese.

LUIS EDLE.

STICCO, MARÍA, *San Francisco de Asís*. 444 págs. en 16. Editorial Poblet. Buenos Aires. 1946.

Sobre San Francisco de Asís se ha escrito gran número de biografías; pocos personajes cuentan con una bibliografía más rica que el Santo y su obra. Podrán agotarse las ediciones, pero la demanda crece, y aumenta el interés de toda clase de lectores por la vida del Poverello enfocada a través del arte, la historia, la poesía, etc. Como ha dicho alguien refiriéndose al Santo « diríase que los hombres que vivimos la terrible y trágica complejidad de los tiempos modernos añoramos el candor, la sencillez e ingenuidad de los primitivos franciscanos, como el anciano añora las auras puras que mecieron su cuna ».

La Editorial Poblet nos ofrece ahora la traducción de la 5.ª edición de la vida del Santo, de M. Sticco. La autora escribió la obra con motivo del centenario de San Francisco, allá por el año 26, a pedido de Fr. Agostino Gemelli, prologuista del libro. A juicio del P. Gemelli —autoridad en la materia— de los muchos libros acerca del Santo publicados en su centenario, « es el que más satisface y atrae tratándose de una biografía escrita por un alma que ama a nuestro Santo »; son sus palabras, y a mi juicio, muy acertadas.

Sitúa primero la autora la época, el momento histórico de la Italia de los siglos XII y XIII, tan decisivos para la Europa de entonces y para la Iglesia; nos habla de las luchas e influencias de los emperadores germanos, de sus adversarios las comunas italianas, patrióticas y anárquicas; de las universidades, de guelfos y gibelinos. De la Roma de la cruz nacida de la ruina de la de los Césares, que lucha por extirpar lo que aun queda de bárbaro y paganismo en los pueblos, foco de la cultura de la época y a la vez vínculo que une a las poco disciplinadas comunas contra los Hohenstaufen.

Mucha erudición, conocimiento a fondo de la Italia medieval revela M. Sticco, y a la vez una grande admiración y amor por sus instituciones, ciudades y personas. Nos describe al terminar este marco histórico costumbrista esa extraña inquietud de las gentes de la época, esa vaga sensación de espera que se concretaba en las curiosas profecías de los Fiore, Ugocione de Fodi, el papa Inocencio... y ha de aparecer entonces Francisco de Asís « hombre misero en su aspecto, pero tan grande interiormente que ha de despertar en él la esperanza de todo un pueblo, de toda una época ».

Y encara a estas alturas, a mi parecer, una de las mayores dificultades que toda obra acerca de San Francisco tiene que afrontar. Sobre el Santo hay tal bibliografía que necesariamente se ha de repetir, y se repite hasta la saciedad, las mismas consideraciones sobre los aspectos más propios del Santo. ¿Cómo solventará esta dificultad la autora? ¿Cómo enfocará la persona del Santo sin incurrir en todos esos clásicos lugares comunes? A mi juicio, M. Sticco, con buen gusto y mucho arte, sortea el escollo en todo lo que le es dable, bien que no siempre salga del todo airosa en el intento, cosa ardua y difícil por otro lado. A través de episodios ordenados en forma más o menos cronológica, va presentando la personalidad de San Francisco, teniendo siempre ante la vista el factor sobrenatural, al « Santo » ante todo, sin dejar a la vez de ser el conjunto profundamente bello y artístico.

Nos muestra así a ese joven, el heredero de los Bernardone, entregado a los pasatiempos y mundanos goces de lo jóvenes frívolo de la época, en esa Asís, « perla de la Umbría ». Tocado de Dios después, se va operando en él un cambio maravilloso que le ha de llevar al más alto grado de espiritualidad. Culmina esta parte que llamaríamos de transformación, con la renuncia ante el obispo Guido, « sus desposorios con la pobreza del maestro », despojándose de tal suerte « hasta no dejar otra cosa que el velo de la carne entre su espíritu y Dios ».

Nos sigue mostrando en cuadros sucesivos el proceso de perfección del Santo, sus andanzas apostólicas a través de la Umbría, sus primeros imitadores, Bernardo de Quintaval y Pedro Cottani; la vocación de Santa Clara. Muy bien captado el sentido espiritual de cada uno de ellos, y al mismo tiempo la

belleza y poesía que fluye de ellos. Vemos ahora cómo de esos compañeros se va originando la futura orden; primeros compañeros en los cuales parece encarnarse el espíritu del Santo, espíritu que más tarde se verá calcado en la nueva orden por la piedad, pobreza, austeridad y proverbial alegría de sus hijos. Nos presenta después los aspectos más propios y característicos del Santo: la perfecta alegría que para muchos es de lo más atractivo y bello de San Francisco y uno de los más ricos veneros de inspiración para el artista. Más adelante el del perfecto dolor a través de las tentaciones, tribulaciones y enfermedades, culminando con el retiro final a los Montes de Alvernia.

Este maravilloso cántico de alabanza a Dios que es la vida real del Poverello tiene un final igualmente bello. Cuánto arte y delicadeza derrocha M. Sticco en este último capítulo, «las loas de la vida y de la muerte»; qué amor y devoción los últimos tiempos del Santo. Describe en él su enfermedad final, sus tribulaciones y la serena alegría ante ellos; el Cántico al Sol, y una vez en Asís, en su querida Porciúncula, su muerte. Cuando se acerca el fin compone el Santo el canto a nuestra hermana la muerte corporal, y así entra Francisco cantando en la eternidad.

Mientras más avanzaba en la lectura de la obra, mejor comprendía el juicio del P. Gemelli acerca del valor del libro. Es sin duda alguna de las mejores biografías del Santo. M. Sticco reúne todas las condiciones para hacer vivir la personalidad de San Francisco, por su profundo amor a su persona y espiritualidad, y por poseer un alma delicadísima de artista, capaz de captar toda la belleza y poesía que encierra su vida. Es en consecuencia este libro, como dice el prólogo, la fusión de lo humano y sobrenatural del Santo dentro de un marco de incomparable belleza: perfectamente religioso, y a la vez profundamente artístico.

MONS. MARIANO SOLER, *Catolicismo y Protestantismo*. 244 págs en 8vo. Editorial Difusión. Buenos Aires. 1946. Prólogo de Arturo E. Xalambri.

Conmemorando el centenario del nacimiento del primer arzobispo uruguayo, ha publicado Editorial Difusión una de sus obras, escogida, entre las muchas y sabias escritas por el gran pastor, por su oportunidad, en momentos en que la pseudorreforma cristiana ha tenido la triste ocurrencia de pretender conquistar para sus dudas y desorientación a la América del Sur.

«Catolicismo y protestantismo» es un libro digno de quien fuera designado por León XIII para pronunciar el discurso de apertura del Concilio Plenarío Latinoamericano. Comienza con una «impugnación sumaria del protestantismo comparado con el catolicismo»; sigue un breve «preámbulo» donde se explica el plan de la obra, y luego viene el cuerpo de ésta distribuido en tres partes en que sucesivamente se prueba que la Iglesia de Cristo es una (primera parte), la cual se identifica con la Iglesia católica romana (segunda parte). Por fin (tercera parte), se tratan apologeticamente algunos puntos controvertidos.

No vamos a hacer un análisis detallado de este tratado «de Ecclesia Christi» puesto al alcance de las personas cultas; basta, para adquirir una idea de su valor científico y vigor apoloético, leer la impugnación sumaria del comienzo, que revela un espíritu avezado en filosofía y teología, un estilo fácil, intuición y poder de síntesis, que descubren y hacen descubrir en seguida la falla fundamental del adversario.

Partiendo del principio del libre examen afirmado por el protestantismo va mostrando el autor cómo de él se deduce la destrucción de toda fe, aun la de los artículos más fundamentales; de toda moral, porque ésta requiere, en último término, un apoyo firme en la fe; de todo culto divino, pues no es éste otra cosa que la expresión de alguna fe en ciertas verdades o pseudoverdades religiosas. En virtud del mismo principio pone de manifiesto cómo ni aun la única regla de fe que quieren admitir los protestantes puede subsistir, pues al

arbitrio de cada uno queda lógicamente reservada no sólo la interpretación de las Sagradas Letras, sino también las mismas partes de éstas que se quieran admitir como divinamente inspiradas.

No se contenta Mons. Soler con mostrar racionalmente cuál debe ser el fin de la pseudorreforma en virtud de sus mismos principios suicidas; sino que confirma sus conclusiones con ejemplos sacados de los mismos orígenes de ésta, repleta ya desde entonces de abiertas contradicciones entre las diversas sectas, respecto de los puntos más fundamentales del cristianismo.

La valentía y la agudeza apoloética que suscitaron contra el sabio y celoso pastor tantos protestantes y jacobinos de su tiempo, conservan todo su vigor en la actualidad, y hacen de la obra soleriana un arma siempre nueva para defenderse del avance protestante y conquistar almas cultas afiliadas de buena fe a la pseudorreforma.

No puede quedar sin especial mención el interesante prólogo del erudito bibliófilo y devoto de Mons. Soler, don Arturo E. Xalambri; es, como él mismo lo califica, el «esbozo de una vida de prócer», que tiene la virtud de hacer vivir a Mons. Soler como en función del clima ideológico en que le tocó actuar. Por esto hace comprender mejor el papel que hubo de desempeñar el gran arzobispo, defensor heroico de la Iglesia católica, perseguido por hombres, a veces malogrados talentos, que creían encontrar la verdad en una miope interpretación de las adquisiciones científicas, y que veían en el valiente prelado un muro de contención ante los avances de la falsa libertad jacobina hija del protestantismo.

Merece felicitaciones el erudito prologoista y la Editorial Difusión, que tuvo la acertada idea de publicar en folleto aparte este «esbozo» biográfico. ¡Quiera Dios que tenga también la muy feliz de editar todas las obras solerianas!

ORESTES G. BAZZANO, S. I.

M. BARBADO, O. P., *Introducción a la Psicología Experimental*. Instituto de Filosofía «Luis Vives». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1943.

Nos dice el autor, a poco de comenzar el capítulo I —que en realidad es un Prólogo— que una *Introducción a la psicología empírica* «es útil a la escasa minoría de personas sensatas que habiendo oído ponderar los progresos de la nueva ciencia sienten el justificado deseo de ponerse en contacto con ella por medio de tratados serios, concienzudos, imparciales, verdaderamente científicos, donde sin la incertidumbre de las generalizaciones prematuras y sin los fuegos fatuos del entusiasmo momentáneo se distinga con ecuánime serenidad lo verdadero de lo verosímil, lo probable de lo hipotético».

Ocho páginas después y a continuación de una larga lista de «Introducciones a la Psicología» en alemán, inglés y francés, desde 1786 hasta la fecha, nos manifiesta el autor que «el vacío» que viene a llenar este libro es el siguiente: «los más eruditos y mejor informados transcriben unas cuantas definiciones de la psicología, rechazan unas, aceptan otras y proponen una nueva, pero sin preocuparse en lo más mínimo de ahondar en el profundo significado que esas fórmulas encierran, sin mostrar cómo son síntesis muy condensadas de amplias concepciones doctrinales, sin hacer ver que cada definición es la quintaesencia de todo un sistema filosófico». Ante esta laguna «no parece inútil un estudio sistemático en que se desentrañe el contenido de las principales definiciones que se dan en psicología, se busquen sus antecedentes históricos, se hagan resaltar las ideas filosóficas en ellas implícitas y se muestre la diversidad doctrinal que cada una supone». Sabemos ya, pues, qué se propone el autor, cuál ha de ser su método («Remontarse aguas arriba en el curso de las ideas») y a qué público está destinado el libro.

Y para concluir con esta entrada en materia, informémonos acerca de cuál ha de ser el estilo: «No habiendo motivo probado para que los capítulos de un libro de ciencia hayan de ser como celdas monacales, de paredes lisas y muebles rudos, igualmente colocados en todas, se ha puesto de vez en cuando una frase risueña o una expresión feliz, flores del pensamiento coratdas al pasar por los jardines de las letras y de las ciencias, que bastan para perfumar una página y quebrar el ritmo soporífero de las opiniones y los argumentos. Como hay gustos para todo, y hay quien encuentra belleza en unas tablas de cálculo o en unas concordancias bíblicas, escribiremos también capítulos secos y espinosos como cardos, en los que las ideas irán alineadas y aplastadas cual sardinas en banasta. Y así el barroquismo del presente se compensará con la austeridad de los tres sucesivos, capaces de asustar al más templado por la dureza del esquematismo y las ristras interminables de pareceres contrapuestos».

De propósito hemos querido hacer estas largas transcripciones para que teniéndolas presentes los lectores puedan juzgar por sí mismos cómo se realiza, en los capítulos siguientes, lo aquí anunciado. Y terminamos el examen de este primer capítulo con anotar que cuando, luego de veinte páginas de este jaez, el autor advierte que, al tratar las doctrinas ajenas, «no siempre hemos podido reprimir una leve sonrisa irónica», y añade: «es cuestión de temperamento», hasta el lector menos avisado y más ayuno de toda psicología, experimental o no, ya se había percatado de esto.

Comienza el capítulo II con una exposición acerca de cuál es, para los diversos sistemas, el objeto de la psicología (si bien siempre con ese prurito de hacer notar que *desciende* a ponerse al alcance del lector, pues no se ve que sea necesario, para decir que la primera cuestión que enfrenta toda ciencia es la de su objeto propio, comenzar «olvidando por un momento los muchos y muy sutiles problemas que sobre este punto discuten los lógicos». Ejemplos como éste, abundan). Desfilan así los materialistas, los idealistas, Descartes, los distintos biólogos que ponen más o menos bajo en la escala zoológica el comienzo de la vida psíquica, expuestos con claridad y sencillez. Sigue a esto la exposición de los elementos de la vida psíquica en la filosofía aristotélico-escolástica, y luego una caracterización muy acertada de las escuelas psicológicas modernas atendiendo en cada caso a cuál elemento suprimen de la concepción tradicional.

Pero creemos que el autor incurre aquí en lo mismo que reprocha a otros: Frases, por ejemplo como ésta: «El entender y el querer, cuyos objetos son universales y desligados de toda materia, y por lo tanto no pueden ser productos de órganos y energías materiales» son clarísimas y hasta perogrullas para quien está habituado a tratar esos temas, pero al lector que él supone completamente ayuno de todo ¿le resultarán igualmente accesibles? ¿Acaso no hay también allí «la quintaesencia de todo un sistema filosófico»? ¿No sería bueno, en cambio, dedicar algo de esa facundia literaria que corre por el primer capítulo a explicar al lector, por si no lo sabe, qué es la introspección, antes de mentársela a cada paso? ¿y prescindir por ahora de «epistemológico», «sujeto sustancial» y otros términos semejantes? En fin, parece que todo el capítulo II será útil para los estudiantes y demás personas que, conociendo ya algo y conformes con no ahondar demasiado, quieran tener una visión general de las escuelas psicológicas.

En el capítulo III tratará el significado de la palabra «psíquico». Aquí hay que formular un reparo a lo que se dice de que «Tales, Anaxímenes, Anaximandro, Heráclito y Diógenes de Apolonia sostenían que el último elemento de que están formados los cuerpos es un principio inteligente, y por lo tanto que todos los seres corpóreos, incluso los minerales, están dotados de conocimiento y son esencialmente psíquicos». Es verdad que Heráclito y Diógenes de Apolonia atribuyeron inteligencia al primer principio (fuego o aire), pero en cuanto a los tres primeros, si bien fueron *hilozoístas*, es decir atribuyeron vida

a la materia, le atribuyeron vida o alma (*psique*) en cuanto es principio de movimiento (recordar Aristóteles en *De An. I, 5*: «Tales creyó que la piedra imán tenía alma, porque se movía») pero de ningún texto consta que le hayan atribuido inteligencia o conocimiento.

Después de relacionar esto con Leibniz y Haeckel, seguir con los atomistas y Anaxágoras para llegar a Aristóteles, y saltar de allí a los contemporáneos: Mac Dougall, Guillermo James, Külpe, Binet, establece el autor que «bajo la indiscutible autoridad del gran maestro Pero Grullo» da al vocablo *psíquico* «la significación que tiene», es decir, la que le ha dado el lenguaje común. Muy respetable su opinión, pero creemos que no era necesario cerrar el capítulo con un párrafo como el siguiente, nueva muestra de su peculiarísimo estilo: «Si no obstante la sentencia del tribunal supremo del lenguaje algunos señores se sientan solemnemente en la cátedra filosófica, arrugan la frente pensadora, extienden el índice señalador de las grandes verdades y decretan que en virtud de ciertos principios recónditos el vocablo en cuestión ha de encerrar la idea que a ellos les place meter dentro, no hay más que oírlos como quien oye llover y seguir empleando las palabras en su acepción corriente. Cuando estos filósofos o filosofoides se pongan de acuerdo, será cosa de pensar si hemos de prestarles atención».

En el capítulo IV trata las relaciones entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos, y nuevamente vuelven a desfilar todas las escuelas. Estando estos problemas tan estrechamente ligados, casi nos atreveríamos a decir siendo sólo tres fases o tres caras de un mismo problema, puesto que de qué se entiende por psíquico depende qué objeto se asigna a la psicología y qué relación hay entre ésta y la fisiología, ¿no hubiera sido más claro, más pedagógico, más breve, exponer una sola vez las teorías, mostrándolas en estos tres aspectos? Por último, y sin desconocer que hay de vez en cuando frases felices y explicaciones claras, permítasenos observar que con frases como éstas: «Con decir que el problema (de las relaciones entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos, que precisamente da título al capítulo) es de los más espinosos y controvertidos que registra la historia de la filosofía, dicho queda que no intentamos abordarle seriamente en este capítulo»... «Otra razón de más peso nos obliga a ni desflorar siquiera el tema, y es que no puede ser tratado al principio de la psicología»... no creemos que el presunto aspirante a psicólogo se oriente ni se anime. Y menos sí, después de espetarle que «la materia prima es elemento pasivo, inerte, raíz de la cantidad y principio de individuación; el alma o forma substancial es, por el contrario, el principio de toda la actividad del compuesto, y su perfección es diversa según sean las disposiciones de la materia» se añade a modo de consuelo: «Comprendemos que estas líneas serán un galimatías para los no iniciados en las teorías escolásticas. ¡Cómo que son a modo de fórmula algebraica en que se encierra una doctrina cuya exposición completa exige un largo tratado!». Mucho tememos que, después de esto, el lector, si pertenece a «la escasa minoría de personas sensatas» renuncie a *introducirse* en la psicología.

Podríamos señalar otros pequeños detalles, por ejemplo, que se expone la solución cartesiana diciendo tranquilamente que «la glándula pineal, asiento del alma, sería el órgano intermediario de estas acciones, agítadas por los espíritus animales»... ¿Por ventura el presunto lector tan «en estado de tabula rasa» sabrá de qué espíritus animales se habla?

Muy claro el cuadro sinóptico (p. 82) en que se resumen todas las teorías. Pero si el mismo autor nos dice (p. 85) que «para comenzar la investigación psicológica no hacen falta ninguna semejantes teorías», que «el psicólogo experimentalista no necesita presentar ningún pasaporte filosófico para entrar en los dominios de la psicología, ni ha menester más servidores que el buen sentido y la modesta lógica vulgar para dar principio a sus indagaciones. Estas le demostrarán, en primer lugar, que hay dos series de fenómenos aparentemente distintos...», etc. ¿no hubiera sido más sencillo introducir al lector por ese

camino, en lugar de pasearlo por ese laberinto de sistemas diciéndole a cada paso que no se le explica porque no lo podrá entender?

Y con esto hemos dado razón de los tres famosos capítulos « capaces de asustar al más templado », y por el capítulo V « En que se da razón del método seguido y se comienza la prehistoria de la psicología experimental » comenzamos la historia de la psicología (experimental o no) desde Homero hasta hoy. Sigue un extenso capítulo dedicado a « Aristóteles, padre de la psicología empírica », y luego otro de amena lectura y lleno de datos interesantes, que sigue las manifestaciones de esta ciencia desde la muerte del Estagirita hasta el siglo XIII es decir, hasta llegar a Alberto Magno y Tomás de Aquino, que son tratados en los dos capítulos siguientes, poniendo especial cuidado en hacer resaltar que para ambos la psicología no era una ciencia puramente especulativa sino algo que debía estudiarse sin perder contacto con la experiencia, con los datos y hechos concretos. La lectura de estos dos capítulos no dejará de ser útil para quienes estudian la filosofía medieval.

Resume luego las « vicisitudes de la psicología escolástica desde Santo Tomás hasta nuestros días », en un capítulo mucho más breve, en el que nos ha sorprendido comprobar que, citándose cuanta figura de segundo o tercer orden haya escrito en esos siglos algún *De Anima*, ni siquiera se nombre al Doctor Eximio, P. Francisco Suárez. E inspiradas por el mismo espíritu nos parecen algunas líneas dedicadas en las págs. 238 y 239 a los PP. Maréchal, La Vaissiere, Lindworsky, Fröbes, Gründer y otros, en las cuales la frasecita encomiástica sirve de introducción al inevitable *pero*, cosa que por cierto no ocurre cuando se menciona, naturalmente con mayor amplitud, a Mercier, Farges, E. Peillaube y M. de Munynck, O. P.

Para seguir las andanzas de la psicología no escolástica, retoma el autor el hilo en el Renacimiento, detreminando el valor de los aportes de Galileo, Vives y Bacon a la ciencia psicológica, continúa con Descartes, Locke, Berkeley y Hume, cuyas doctrinas, sobre todo las del primero, expone con bastante extensión, y llega así al asociacionismo para desembocar en un capítulo, el XIV, titulado « Última evolución del asociacionismo: la escuela psicoanalítica », que creemos hay que señalarlo como el mejor de todo el libro. Pues en él ha logrado el autor exponer breve y concisamente la teoría de Freud, sobre la que tanto se ha escrito y disparatado, en una forma que esta vez sí es verdaderamente sencilla y accesible al lector común que quiera enterarse de qué se trata.

En el capítulo siguiente desfilan la escuela escocesa, Brentano y sus discípulos, Binet, W. James, Dewey, Dilthey, Spranger, etc. Pero parecería que esto de tomar en cuenta hasta las últimas variaciones, grupos, obras, autores (hay más de cien psicólogos en este capítulo) deba resultar, para el principiante, una verdadera selva.

Capítulo aparte a los materialistas, y llegamos a la psicología alemana: Leibniz, Wolff y Kant son tratados con amplitud y luego nos refiere el autor, con evidente cariño y simpatía, « como la psicología alemana entra en el laboratorio sin despojarse del manto filosófico » con Fechner, Wundt y su escuela. Los de Würzburg cierran el capítulo, y otro capítulo sobre el positivismo y el behaviorismo completa la historia de la psicología.

Después, el capítulo XX resume « las enseñanzas de la historia » dando respuesta a cinco problemas: la extensión del objeto de la psicología, el punto de vista desde el cual se debe mirar este objeto, el método que se debe seguir en psicología, las facultades que se han de emplear para recoger los datos psicológicos, y las relaciones de la psicología con la filosofía. La respuesta, previa una nueva recapitulación, para cada problema, de todas las teorías, es la corriente en toda psicología fiel a la tradición aristotélico-tomista. Por fin, allá por la página 475, el aspirante a iniciarse en la psicología se encuentra con un

capítulo de « si puede y debe existir la psicología empírica ». La respuesta, naturalmente, es afirmativa, y veinte páginas más allá le aguarda el capítulo XXII: « En que se da una noción sumaria de la psicología experimental ». Este capítulo y el que le sigue son claros, salvo la consabida rueda de exhibición de escuelas. Con el mismo reparo (algo más acentuado aquí porque los nombres en él son legión) claro es también, y no dudamos que para muchos será útil, el capítulo dedicado a la división de la psicología experimental, y lo mismo puede decirse del último, dedicado a las relaciones de la psicología con las ciencias colindantes.

En honor a la verdad, hemos de hacer notar que a partir de aquel capítulo V el libro ha tomado en general el estilo normal en una obra de esta índole. Pese a las amenazas del autor en aquel capítulo introductorio, los más extraños y barrocos han sido precisamente aquellos tres que él anunciaba serían secos y espinosos como cardos. Y dado todo lo que anotamos detenidamente al comienzo, dado asimismo que las distintas posiciones y escuelas se van exponiendo detenidamente en esa verdadera historia de la psicología (que tal es la principal mérito del libro), y se recapitulan en el capítulo XX, y se vuelven a repasar hasta la saciedad en los que se siguen, creemos sinceramente —y perdonemos el autor la franqueza— que el libro ganaría muchísimo si comenzara en el capítulo V.

M. M. BERGADÁ.

MARTÍN GRABMANN-OCTAVIO NICOLÁS DERISI, *La Vida Espiritual de Santo Tomás de Aquino*. Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1947.

Comienza el *Prólogo* del traductor, Pbro. Octavio N. Derisi, con una sólida síntesis de las doctrinas tomistas acerca del conocimiento, la vida y la existencia en los distintos grados del ser, y luego especialmente en su aplicación al hombre, con las consecuencias que implica, para examinar luego a esta luz el pensamiento moderno y hallar que « la filosofía ha venido a perder así su misión rectora del orden natural —como también para muchos la teología la ha perdido del orden sobrenatural cristiano en que realmente vivimos ». Consideraciones sobre la íntima vinculación que debe existir entre el conocer y el obrar completan esta exposición profunda, densa, en que no sobra una palabra, y expresada con una claridad que revela hasta qué punto ha asimilado el autor la doctrina que expone. Son éstas páginas realmente magníficas, que nos atreveríamos a decir que constituyen, sin salirse un momento del plano puramente filosófico, una verdadera meditación « de principio y fundamento ».

Pasa luego el P. Derisi a mostrarnos cómo todo esto lo ha realizado en su vida el Doctor Angélico. « Santo Tomás —nos dice— es por eso una vigorosa sabiduría cristiana hecha vida, su santidad es la realización de su saber, la iluminación de su vida por su inteligencia ».

La última parte del *Prólogo* se dirige a considerar ya en particular la obra de Mons. Grabmann cuya traducción nos ofrece.

Esta obra consta de tres capítulos, en el primero de los cuales el sabio medievalista alemán nos da los rasgos fisonómicos del espíritu y carácter de Santo Tomás, a través de sus escritos y de las actas del proceso de Canonización. Extraordinariamente puro, humilde, manso, sencillo, amable, recogido, dedicado por entero a la oración, al estudio, a escribir y a enseñar, sin perder jamás un minuto de tiempo, tal nos aparece Fray Tomás a la luz de los numerosos testimonios de sus contemporáneos. El capítulo II, que es el más extenso de la obra, nos muestra los tres rasgos esenciales que Mons. Grabmann halla en la vida y en la obra del Doctor Angélico: *Sapientia, Caritas y Pax*. Y el hermoso capítulo final

nos muestra a través de pasajes de sus obras teológicas, y de las oraciones por él compuestas el lugar que Cristo Crucificado tuvo en la vida espiritual de Tomás.

Al llegar al final de esta obra, no puede uno dejar de asociarse al deseo del traductor y prologuista, a su «deseo ardiente de que estas páginas sean leídas por nuestros queridos seminaristas, esperanza de la Iglesia, a los que hemos dedicado y dedicamos lo mejor de nuestra vida; y por nuestros estudiantes católicos y aún por aquellos que, sin serlo, buscan con sinceridad la verdad y anhelan conformar a ella su conducta, para que todos ellos aprendan a buscar con amor la verdad y poner en su búsqueda todo el ímpetu y el calor de su vida pura y santa, y a moldear su vida con la pura y santa doctrina que estudian y profesan».

La presentación material del libro, en cuanto se refiere a tipos de letra, calidad del papel, disposición de las páginas y de los diecisiete grabados —reproducciones de cuadros que representan a Santo Tomás, con las explicaciones correspondientes— es un verdadero alarde de arte tipográfico.

M. M. BERGADÁ.

ANTONIO ALVAREZ DE LINERA, *El problema de la certeza en Newman*. Instituto «Luis Vives» de Filosofía. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1946.

«Recordar a propósito de este centenario (de la conversión de Newman), las teorías gnoseológicas del ilustre Cardenal; examinarlas a la luz de la razón y tratar de explicar sus deficiencias con los antecedentes históricos del Movimiento de Oxford y los particulares caracterológicos de Newman», es lo que se propone el autor de este libro.

En la imposibilidad de reconstruir en un sistema orgánico y coherente toda la filosofía de Newman, dadas, por una parte, las oscilaciones de su pensamiento, y por otra el modo incidental y de paso con que casi siempre trató estos temas, no hay duda de que lo mejor es concretarse a este punto, el más importante y al mismo tiempo el más discutido y zarandeado de toda la filosofía newmaniana; el único, además, que expuso de propósito y con amplitud, en su célebre *Grammar of Assent*.

A modo de planteo de la cuestión, nos presenta el autor, en el capítulo que titula «El agnosticismo de Newman» una selección de textos (el haberla hecho es ya de por sí un aporte precioso para el estudio de Newman) entresacados de distintas obras y sermones. Desfilan ahí pasajes conceptualistas, junto a otros teñidos de nominalismo, y dan la nota culminante dos o tres textos, del Newman anglicano, que son —conscientemente o no— francamente escépticos los unos e irracionales (precisamente para escapar a este escepticismo) los otros. Y frente a éstos, en abierta contradicción a veces, hallamos textos, como los tomados del Discurso II de *Idea of a University*, que librarían para siempre a Newman de toda sospecha de modernismo.

Con suponer que, al convertirse al catolicismo, Newman rectificó sus antiguos errores, por cierto no se resuelve el problema puesto que, como bien hace notar el autor, «no es de antes de su conversión, sino de los últimos años de su vida, esa *Gramática del Asentimiento* en que hemos visto rebajado el valor del razonamiento lógico».

A tratar de arrojar alguna luz en este intrincado problema, a intentar resolver la incógnita de Newman, estas contradicciones, dedica sus esfuerzos el autor de esta obra.

El método que para ello sigue es el de ir haciendo hablar al mismo Newman:

Con largas transcripciones de textos, nos presenta el fideísmo irracionista del Newman anglicano en sus Sermones de Oxford, su positivo desprecio por la razón: «Amo su Biblia, sus doctrinas, sus ritos, y por consiguiente creo... «Hay que confesar que es una de las mayores extravagancias calificar la fe de ejercicio del acto de la razón... Creemos porque amamos». Y la certeza como resultado de un conjunto de *probabilidades* convergentes, y de «una especie de escala graduada de asentimiento; a saber: según las probabilidades que de un hecho determinado vayamos teniendo». Luego de otros muchos textos, cierra el capítulo una breve referencia al uso que, con ocasión de la condenación del modernismo, hicieron Tyrrell y Loisy de algunos textos de Newman, y la defensa que de la ortodoxia de éste hicieron el obispo de Limerick, aprobado por esto por el mismo Pío X, y los teólogos Norris y Gasquet. Hacia el final del libro tratará ampliamente, en un capítulo aparte, este asunto del «modernismo» de Newman.

En los dos capítulos siguientes casi leemos sólo a Newman: extensos pasajes de sus sermones oxonienses, en los que aborda el tema de las relaciones entre la razón y la fe, completan abundantemente la exposición de sus doctrinas. (Interesantísima, dicho sea de paso, la larga nota del autor, en las pp. 67 y 68, acerca de la fe y la salvación).

Y cuando aún estamos perplejos ante estas doctrinas del párroco de Sta. María de Oxford, Alvarez Linera nos traslada de un salto al plano personal, al «caso de Newman», para estudiar el proceso personal de su conversión y ver cómo aplicó en sí mismo sus teorías, dilucidando así qué parte tuvo la razón, y cuál el sentimiento, en la crisis que había de terminar el 8 de octubre de 1845 con la abjuración del anglicanismo y el ingreso de Newman en la Iglesia Romana. «¿Es que no creyó, mejor dicho, es que no preparó humanamente el camino de la fe por procedimientos lógicos, sino que una vía irracional, sin más que un andamiaje de probabilidades más o menos fuertes, fué la que le llevó a pronunciar su definitivo *creo*?».

El autor demuestra plenamente que no fué por afectos (al contrario, éstos lo ataban fuertemente a su Iglesia anglicana) sino por motivos puramente doctrinales que Newman se decidió, después de años de razonamiento y argumentación consigo mismo y con los demás, a dar ese paso definitivo.

Y aquí surge la oposición entre algunas frases escritas precisamente en esos días de crisis: «no podía utilizar más que el razonamiento para las cosas de la fe», «quiero seguir a la razón y no al sentimiento», etc., y ciertos pasajes de *Grammar of Assent* en que Newman hace referencia al proceso de su propia conversión, que parecerían indicar lo contrario.

De aquí en adelante, el autor trabaja sobre textos del Newman católico, y nos muestra, a través de sendos capítulos, el «irracionismo» que perdura en los *Sermones* del convertido, y la exposición que de su teoría del «asentimiento» hace en *Grammar of Assent*. Luego un capítulo de trabajo personal, «Síntesis Doctrinal» nos da la exposición ordenada de esta doctrina newmaniana y contribuye a aclarar no poco algunos de sus pasajes. Creemos que es agudo y exacto el análisis que se hace de la posición de Newman frente a la «razón racionante», a la razón de la lógica formal. Muy bien planteado el problema que como consecuencia de sus teorías se le presenta a Newman: «el razonamiento no lleva en materia concreta más que a la probabilidad. Las verdades de fe son del orden de las concretas y, como no se conocen por intuición inmediata, habrían de admitirse por el otro procedimiento cognoscitivo que no es intuitivo, a saber, por el discursivo o razonador... La fe, por tanto, no puede ser más que verosímil y la adhesión del creyente a su Credo una adhesión condicional»; problema del que Newman saldrá con su *illative sense*. A estudiar a fondo la índole de este *illative sense*, y los pro y los contra de tal teoría dedicará el autor el capítulo penúltimo —el más extenso y quizá el mejor— de su libro. Pero antes dedicará otros dos capítulos a caracterizar, en uno, la apologética de Newman y su teodicea (su demostración de la existencia de Dios) y a considerar en el otro, tanto en el terreno de los hechos como en el campo doctrinal, las pretendi-

das coincidencias de Newman con el modernismo. Es aquí particularmente fino su análisis y comparación de la teoría de las probabilidades convergentes de Newman por una parte, y la proposición XXV (del asentimiento a la fe como conjunto de probabilidades) condenada en el *Lamentabili* por otra. Por último, en el capítulo final «La certeza en el asentimiento a la fe», expone el autor las conclusiones de este estudio, teniendo presentes las opiniones de todos los teólogos y filósofos que se han ocupado del caso de Newman.

Aunque es algo extensa, no queremos cerrar esta nota sin la transcripción de unos párrafos del capítulo dedicado a la Apologética de Newman, en los que, a nuestro juicio, el autor ha señalado con muchísimo acierto la causa principal que explicaría muchos de esos rasgos desconcertantes de Newman. «Newman —dice Alvarez Linera— es un descontentadizo en el orden intelectual. La inseguridad mental le domina. La prueba racional más sólida no le satisface, porque en su gran ingenio no deja de encontrarle un pero, sofisticado sin duda, mas que ya le hace ver con prevención aquel argumento al que ha podido hacerle una objeción. Para no dudar, necesitaría una evidencia inatacable aun en lo más mínimo. De lo contrario, duda. O por lo menos tiene ese temor irracional e injustificado del escrupuloso que no tiene motivo racional para dudar de la licitud del acto que se propone realizar. Es un fenómeno que he sorprendido repetidas veces leyendo la *Apología*. ... En ese plan, es natural que a Newman se le ocurra que los más fuertes argumentos apologéticos que garantizan la razonabilidad de la fe, no tengan más valor que el de opiniones probables en cuyo conjunto se basa el asentimiento del creyente. Pero llamar a eso probabilidades tiene el mismo valor que la calificación de pecaminosos que el escrupuloso da a muchos de sus actos que no sólo materialmente, pero ni aún formalmente, tienen nada de ofensa a Dios».

M. M. BERGADA.

ANÓNIMO DEL AÑO 1600, *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú*. Con Introducción y notas del P. F. Mateos, S. I. (Publicación del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid, 1944.

De esta obra que por primera vez se publica, existen —según nos informa el P. Mateo, S. I. en su erudito prólogo— dos ejemplares manuscritos en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Uno de estos manuscritos lo tuvo el benemérito historiador P. Astrain, que lo describe y cita repetidas veces en su tan conocida *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, y de él tomaron asimismo sus datos los historiadores PP. Pastells y Lopetegui. Y estos dos manuscritos, a juzgar por las indicaciones de 1.^a vía y 2.^a vía que llevan en la cubierta, son los dos ejemplares que, para mayor seguridad, se enviaban por distintos caminos a Roma desde las lejanas tierras americanas.

«Pertenece esta *Historia* —nos dice el P. Mateos— a una serie bastante numerosa de historias que se compusieron en diversas Provincias y Casas de la Compañía de Jesús hacia 1600. Todas ellas obedecen a una orden del P. General Claudio Acquaviva, quien ordenó se escribiesen semejantes historias parciales para ayudar a la composición de la *Historia General de la Compañía* que, efectivamente, publicaron sucesivamente, los PP. Orlandini, Sacchini y Juvenio.»...

La *Historia* que nos ocupa abarca, en esta su primera edición, dos gruesos tomos de unas quinientas páginas cada uno. La precede, además del Prólogo que hemos citado, una concienzuda y extensa *Introducción* del P. Mateos, dividida en tres partes: la primera dedicada a relatar, en base a la misma *Historia* y teniendo presentes las demás fuentes de primera mano, el establecimiento de la Compañía de Jesús en el Perú, su expansión ulterior y la creación de las demás Pro-

vincias, atendiendo a precisar con toda exactitud la cronología y la identidad de los personajes, para ofrecer así al lector un guión seguro, un hilo conductor, que le haga más fácil la lectura de la *Historia*. La segunda parte la dedica el P. Mateos a los jesuitas que escribieron en el Perú en los siglos XVII y XVIII, deteniéndose especialmente en esclarecer algunos datos acerca del P. Blas Valera, y en las obras de los PP. Anello Oliva, Bernabé Cobo, Ignacio de Arbieta, Jacinto Barrasa y Diego Altamirano, estableciendo asimismo en cada caso la relación que sus obras tienen con esta *Historia anónima del 1600*. «De estas consideraciones —concluye— se desprende de por sí la significación que la *Historia Anónima de 1600* tiene en la serie de *Historias de la Compañía de Jesús en el Perú*, el lugar que ocupa entre ellas y su importancia, por ser la primera y de quien las otras dependen, por formar un todo en sí completo, por abarcar el período indudablemente más bello de la vida de la Provincia peruana... En la tercera parte, por último, se ocupa el P. Mateos del estudio crítico del manuscrito: sus diversos nombres, sus probables autores y fecha de composición, su vocabulario, estilo y demás particularidades. Y fuera ya de la *Introducción*, una lista de las abreviaturas empleadas en el manuscrito completa este estudio.

En cuanto a la *Historia* en sí, bien se comprende que, dada su extensión, no podemos aquí hacer otra cosa que dar una somera reseña de su contenido.

El primer tomo contiene la *Historia General de la Compañía de Jesús en el Perú, y en particular de solo el Colegio de Lima*, que abarca 324 páginas del manuscrito original. Comprende esta narración el período que va desde 1567, cuando San Francisco de Borja envía al Perú la primera expedición fundadora, compuesta por ocho religiosos, hasta el año de 1600 en que se escribe esta historia. Desfilan así los Provincialatos de los PP. Jerónimo Ruiz de Portillo, José de Acosta, Baltasar Piñas, Juan de Atienza, Juan Sebastián y Rodrigo de Cabredo, Provincial este último que fué quien dió el último retoque a esta *Historia* y la envió a Roma. Es interesantísimo seguir en estas páginas la expansión de la Compañía de Jesús primero en el Perú y pronto en toda América Meridional. Se relata allí el establecimiento de la Compañía en Lima, los ministerios y trabajos allí realizados y el fruto que por ellos se obtuvo, los sujetos que ingresaron a la Compañía y demás relatos que suelen hallarse en estas Crónicas. Lo que es en este caso particularmente interesante son los detallados relatos de las entradas a fundar las distintas misiones entre los indios: la célebre doctrina de los pueblos de Huarochiri, la misión de Santa Cruz de la Sierra, la misión a los Chunchos, la doctrina de Juli, la fundación de las misiones del Tucumán y del Paraguay. Encontramos allí los ministerios del P. Alonso de Barzana, historiados ya por nuestro P. Furlong, y del P. Alonso de Sandoval, precursor y maestro de San Pedro Claver en su apostolado con los negros, así como el martirio del P. Miguel de Urrea. Por último, hemos de decir que se hallan también intercalados en esta *Historia*, como ocurre en otras similares, capítulos biográficos con motivo de la muerte de algunos sujetos ilustres por su virtud: las *Vidas* contenidas así en este tomo son las de los PP. José de Acosta, Juan de Zúñiga, Diego de Zúñiga, Baltasar Piñas, Jerónimo Portillo, Juan de Atienza y Juan Sebastián, y de los HH. Francisco López y Agustín de Piedrasanta.

El segundo tomo lo forman, con las mismas características, las relaciones particulares de la fundación e historia de cada casa o misión. Hallamos así la relación correspondiente al Colegio de Cuzco (en la que se incluyen las vidas de los PP. Juan de Montoya, Alonso de Barzana y Cristóbal de Ortiz, y las misiones a once provincias de indios cuzqueños); siguen las de los Colegios de Potosí, Arequipa, La Paz, Quito, Chuquisaca, Santiago de Chile, de las Residencias de Panamá y de Juli y de las misiones de Tucumán y Paraguay y de Santa Cruz de la Sierra, incluyendo cada Crónica las biografías de los Padres y Hermanos más insignes que han muerto en esa Casa. Creemos innecesario hacer notar que, además del interés que ofrecen estos relatos de fatigas, abnegación y sacrificio, verdadera gesta épica de la Compañía de Jesús en la evangelización del Nuevo Mundo, los datos aquí consignados en cuanto a los indígenas, sus razas, pueblos,

costumbres, tradiciones, etc., son de primordial importancia para cuantos se dedican a estos estudios.

Y en cuanto a todo el conjunto de la *Historia*, es de suyo evidente que estamos frente a una obra de la que en adelante no podrán prescindir quienes se ocupen de la Historia de la Compañía de Jesús en América Latina, o aún en muchos casos, de la historia general de la conquista y civilización del Nuevo Mundo. Pues, como hemos visto, su interés no se circunscribe al Perú, sino que alcanza a toda la América Meridional, desde Méjico hasta el Plata, dado que el Perú fué algo así como la cabeza de puente que la Compañía estableció en el Nuevo Mundo, y por allí vinieron, y de allí salieron, y de allí dependían, los contingentes de jesuitas que luego fundaron, además de los establecimientos del Ecuador y de Chile, nuestras propias misiones del Tucumán y del Paraguay, que recién tres años después de terminar esta *Historia* constituirían el 9 de febrero de 1604, por decisión del P. General Claudio Acquaviva, una Provincia independiente, la celeberrima Provincia del Paraguay, de la que es heredera y continuadora la actual Provincia Argentina.

Hemos de agradecer, pues, al P. Mateos, S. I., el habernos proporcionado esta nueva fuente para el estudio de nuestra historia; y asimismo cumple felicitar al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y en particular al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, por el acierto en la elección de esta obra, y por la inmejorable presentación tipográfica y la corrección de las ilustraciones y mapas que la acompañan.

M. S. I.

DOMINGO BAÑEZ, O. P., *Comentarios Inéditos a la Prima Secundae de Santo Tomás*. Edición a cargo del P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Es evidente que comentar los *Comentarios* de Báñez a la Prima Secundae implicaría escribir un volumen tan extenso como el que nos ocupa. Por lo tanto, esta reseña ha de limitarse necesariamente a dar cuenta de su publicación.

En la *Introducción* nos explica el P. Beltrán de Heredia, O. P., cómo es posible en general reconstruir los textos de estas *Lecturas* académicas a través de los mamotretos de apuntes escolares de quienes asistían a estas clases, reuniéndolos en muchos casos casi al dictado. Como el profesor, por su parte, solía dictar teniendo delante su propio cartapacio, puede asegurarse que no habrá en este caso diferencia substancial, sino sólo algo menos de retoque en los detalles, entre estos *Comentarios a la Prima Secundae* así reconstruidos por el P. Heredia en base a dos manuscritos conservados, respectivamente, en la Biblioteca del Cabildo Catedral de Palencia y en la Minerva de Roma, y los *Comentarios* a la Prima Pars y a la Secunda Secundae que el mismo Báñez dió a la imprenta.

Un prolijo rastreo en los archivos universitarios salmantinos ha permitido al P. Heredia establecer, cotejando fechas y otros datos, que todas estas lecciones fueron dictadas efectivamente por el titular de la cátedra, P. Báñez, con la sola excepción de los artículos 4 a 9 de la cuestión XVIII, que fueron «leídos» por el catedrático sustituto, que era el P. Pedro de Ledesma, O. P.

«Para facilitar la lectura y análisis del texto —advierte el P. Heredia— hemos introducido dentro de cada artículo las dos divisiones de *Summa textus* y *Commentarium*, que emplea el mismo Báñez en la parte impresa por él. Y como el comentario se prolonga en algunos artículos extraordinariamente, hemos añadido otra subdivisión por dubios, distinguiendo dentro de ellos por lo general tres miembros: *argumentos*, *solución de la duda* y *solución de los argumentos*». Otros recursos tipográficos para hacer resaltar mejor la distinción entre argumentos, conclusiones, etc., contribuyen a facilitar el manejo de esta edición. Y

el editor ha completado su paciente y meritorio trabajo con la confrontación de citas y la confección de detallados índices de autores citados, de lugares alegados de Santo Tomás y sobre todo un índice alfabético de materias que facilita muchísimo la utilización de esta obra.

Antes de cerrar este comentario, se nos ocurre formular una observación que quiere ser, al mismo tiempo, una sugerencia. En obras como ésta —y lo mismo decimos a propósito de las de Pedro Hispano, publicadas también por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas—, en obras cuyo texto está íntegro y solamente en latín, y que por lo tanto necesariamente han de ser manejadas sólo por quienes conocen esa lengua, ¿no sería más útil poner también en latín, y no en español, las introducciones y las notas? Pues así se haría de ellas un instrumento de trabajo universal, al alcance de los estudiosos de todos los países, mientras que así quedan hasta cierto punto restringidas a solo los que conozcan el idioma español.

R. L. S.